

ZAPATOS ROTOS

El buen Godofredo no podía reírse como lo hacían sus compañeros. Sus amigos se burlaban de Basilio y de sus zapatos remendados, pero el corazón de Godofredo sufría al ver los esfuerzos de Basilio por retener las lágrimas que asomaban a sus ojos. Tan crueles eran los muchachos, que, aun cuando Basilio se alejaba de ellos, lo perseguían con gritos burlones y llamándole con un sobrenombre que le habían puesto días atrás: -¡Zapatitos remendados! -le gritaban. La escena se repitió muchas veces y siempre causó gran pena a nuestro amiguito Godofredo. Cuando el resto de sus compañeros seguía en pos de Basilio, burlándose y molestándolo con sus gritos y bromas pesadas, Godofredo se quedaba aparte del grupo, buscando la mejor manera de aproximarse al infortunado y ofrecerle su amistad.

Basilio era un muchacho pobre y no tenía la suerte de poder llevar zapatos nuevos a la escuela. Los demás muchachos tenían zapatos nuevos y se complacían en torturar a este muchachito y molestarlo a causa del aspecto de sus zapatos viejos.

Una tarde, cuando Basilio huía de los acostumbrados insultos, Godofredo se le acercó y con una sonrisa trató de demostrarle que deseaba ser su amigo.

-¡Vete, vete! ¿Tú también te burlas de mí? -fue la respuesta de Basilio, quien ya se había habituado a ser el centro y objeto de las pullas.

Godofredo se retiró apenado; pero mientras tanto pensaba:

"¡Pobre Basilio! No sabe que quiero ser su amigo"... y terminó en alta voz: "pero ya encontraré la forma de mostrarle que realmente soy sincero".

Pero para convencer a un muchacho de cosa semejante, se requiere una habilidad especial; y, aunque Godofredo era amigable y de naturaleza simpática, tuvo que pensar largo rato hasta encontrarle solución al problema.

Durante las clases siguientes Godofredo no oía nada de lo que la maestra enseñaba a la clase. Estaba tan enfrascado en sus pensamientos buscando la solución de su problema, que, en cierta ocasión cuando la maestra le hizo una pregunta, no la pudo contestar. Esto sorprendió a todos, pues nuestro amiguito era muy listo y uno de los mejores alumnos de la clase.

Cuando terminaron las clases del día vio a Basilio que se alejaba a la carrera para no ser visto por el grupo de muchachos. Sin embargo, éstos lo vieron, y con toda seguridad que Basilio oyó los gritos "¡Zapatitos remendados! ¡Zapatitos remendados!" con que lo despidieron y que resonaron en los oídos de Godofredo, apenando su corazón.

-Basilio no tiene zapatos nuevos, como nosotros -dijo Godofredo a sus compañeros-, porque su padre ha estado enfermo muchas veces y no ha podido trabajar.

Estas palabras no surtieron ningún efecto en sus amigos, quienes continuaron gritando, y riéndose de Basilio. Godofredo todavía no había encontrado la solución al problema, y el resto de la tarde transcurrió rápidamente sin que se le ocurriera nada.

Cuando se fue a la cama, se durmió deseando poder demostrar a Basilio que realmente quería ser su amigo. Pero, ¿cómo?

A la mañana siguiente se despertó con una idea que lo hizo salir de la cama como muy pocas veces lo hacía. Se levantó de un salto. Se vistió apresuradamente, y se introdujo en el armario de la ropa, donde trabajó con tanto entusiasmo, que su mamá tuvo que llamarlo dos veces antes que bajara a desayunar.

Casi llegó tarde a la escuela, pero estaba satisfecho porque había trabajado muy duramente para lograr su meta, que era la amistad de Basilio.

Durante el primer recreo, Godofredo se mostró mucho más activo que de costumbre. Corrió, pateó piedras y la pelota, y se trepó por las cuerdas y columpios, buscando siempre llamar la atención a sus zapatos.

Algunos de sus compañeros lo vieron, y uno de ellos dijo en tono bajo:

-Tiene zapatos remendados; ¿viste? Pero aunque lo dijo en voz muy baja, Godofredo lo oyó, y eso era lo único que esperaba. -¡Por supuesto! -les gritó--, los uso para que no se gasten los nuevos.

Pero no les dijo cuánto había trabajado para que esos zapatos pareciesen tan viejos y gastados. Eso era lo que había hecho metido en el ropero, cuando su mamá tuvo que llamarlo dos veces. Hasta allí sus esfuerzos habían dado resultados, pues se estaba formando un grupo de muchachos, y también había algunas chicas que se unían, y todos alrededor miraban sus zapatos de aspecto desaliñado y roto.

A pesar de todo ninguno se reía de él. Todos eran sus amigos y creían que Godofredo tenía mucha razón al usar sus zapatos viejos con el objeto de no gastar los nuevos. Hacia el final del recreo, Godofredo divisó a Basilio que, solitario y triste, se había sentado a la sombra de un viejo peral. Mientras el corazón le golpeaba fuertemente, Godofredo se dirigió a Basilio, dispuesto a lograr su amistad una vez por todas. Adornando su rostro con la sonrisa más amable que podía imaginarse, marchó a grandes pasos, aplicando puntapiés a los guijarros y mostrando a Basilio que sus zapatos eran viejos. Los ojos del muchacho bajaron del rostro a los pies de Godofredo; y luego volvieron al rostro, y bajaron de nuevo a los pies, y volvieron a subir. Esta última vez, cuando Godofredo pensaba que todo había sido inútil, se dibujó una débil sonrisa en los labios de Basilio. ¡Había visto que ya no era el único centro de atracción!

Godofredo quería hablar a solas con Basilio, de manera que con tono amigable le dijo:

-Corramos una carrera, ¿quieres?

Nuevamente Basilio miró los zapatos de Godofredo, y luego alzó los ojos para estudiar el rostro de Godofredo. Esta vez una amplia sonrisa se extendía de oreja a oreja.

-¡Aceptado! -contestó.

Godofredo era el mejor corredor de la escuela y todos lo sabían, pero en esta carrera decidió quedarse un poco atrás y dar a Basilio la oportunidad de ganar. Cuando llegaron al otro extremo del patio, y se detuvieron brevemente para descansar, Godofredo dijo a su nuevo amigo:

-Basilio, yo tengo dos pares de zapatos, y quiero darte uno. Mi mamá me dio permiso. ¿No quisieras venir a casa conmigo esta noche a buscarlos?

Por un breve instante Basilio quedó con la cabeza gacha, fijos sus ojos en el suelo. Godofredo inmediatamente añadió:

-Así siempre andaremos con zapatos iguales. Algunos días usaremos los remendados y otras veces vendremos con los zapatos nuevos.

Con una sonrisa de agradecimiento Basilio contestó:

-¡Esto es lo mismo que tener un buen amigo!

-¡Es claro! -respondió Godofredo-. Siempre andaremos juntos y haremos muchas cosas juntos. Desde un principio quise demostrarte que deseaba ser tu amigo, y ahora me alegro porque me aceptaste.